

# Cincopuntitos

Por Hanne Nörenberg

Érase una vez que se era una niña que vivía en un bloque de pisos de esquinas mugrientas en una ciudad gris llena de bloques de pisos con las esquinas mugrientas. La niña se llamaba Cindy y tenía cinco años. Vivía con sus padres adoptivos, que cada mañana la dejaban en la guardería y la recogían por la noche, cuando, cansados, volvían del trabajo.

El piso en el que vivían tenía una cocina, un cuarto de baño y tres habitaciones: dos dormitorios y un saloncito donde trabajaban los padres de Cindy.

Todos los días la niña hacía lo mismo; se levantaba temprano por la mañana cuando la llamaba su ojerosa madre, se lavaba los dientes con pasta de flúor (sabor fresa), desayunaba sentada a la mesa un bol de leche con Colacao y dos galletas Cuétara mientras miraba los dibujos en la tele, se dejaba vestir por sus padres, cogía su cartera y luego todos bajaban al garaje, se



montaban en el coche y se marchaban. Por el camino, los padres de Cindy dejaban a esta en la guardería, se despedían de ella y se iban a trabajar.

En la guardería, Cindy jugaba un poco y se aburría un poco y a veces, sin saber exactamente por qué, estaba un poco triste y miraba a las señoritas que la cuidaban con grandes ojos mientras éstas le ofrecían juguetes, hasta que algo la distraía y todo volvía a la normalidad.

Al mediodía, todos los niños comían en el comedor de la guardería. Había un menú: arroz, lentejas, fideos, patatas, acompañados unas veces de un trozo de carne y otras de un poco de pescado.

Para merendar les daban un vaso de leche y un bocadillo de jamón y queso.

Por la noche, los padres de Cindy recogían a la niña y la llevaban de vuelta a casa. Por el camino siempre discutían cosas del



trabajo y Cindy se entretenía mirando los coches que pasaban por la carretera.

Para cenar, su madre solía hacer una tortilla de patatas.

Y así día tras día.

Pero un sábado por la mañana, todo cambió.

Los padres de Cindy estaban en el salón discutiendo un negocio con un señor y una señora que habían llegado después del desayuno; y Cindy miraba la tele en la cocina, hasta que de pronto se dio cuenta de que el monigote de la pantalla la aburría mucho. Así que se levantó y empezó a dar vueltas por la cocina, pensando en qué hacer.

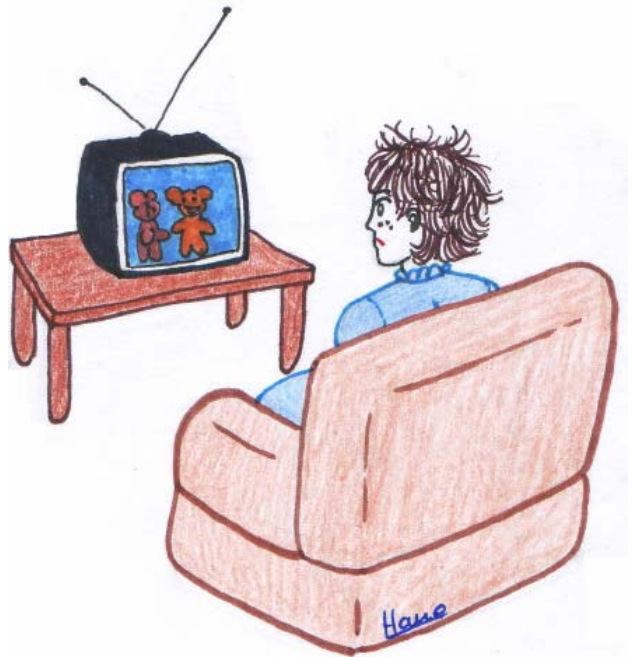
El día anterior, su madre había comprado una bolsa de guisantes secos para algún guiso y Cindy vio que una punta de la bolsa sobresalía de la estantería donde estaba colocada. Tiró un poco de ella sólo para ver qué pasaba. ¿Y qué pasó? Pues que un guisante saltó de la bolsa a la mano de la niña y, colocándose en el centro de su palma, la miró con sus diminutos ojitos verdes y chilló con su vocecita:

—¡Huy, por fin!

Cindy se quedó un poco confusa, pero al cabo preguntó:

—¿Qué te pasa?

—¡Pues que ya era hora de que alguien me sacara de esa bolsa!



—¿No estabas contento con los demás guisantes?

—¡Oh, no! ¡Me hacían estornudar! Además, te estaba buscando, pero no te veía. Tengo que contarte algo.

—¿Qué?

—Huy, mira: es que yo soy el guisante que visita a las niñas como tú que no conocen ni la



verdura ni la fruta.

—Pero yo sí conozco la verdura y la fruta —replicó Cindy, sorprendida—. Conozco la manzana y la pera y la naranja y la mandarina y el plátano —enumeró señalando el frutero.

El guisante miró las frutas que allí había y estas le devolvieron una mirada enfadada y se volvieron de espaldas.

—Huy, pero esas no son tus amigas. Siempre están enfadadas y no te hacen caso —dijo el guisante.

Cindy, que también había visto la mirada de la fruta, no dijo nada. En cambio, el guisante estornudó varias veces.

—¿Y qué verduras conoces?

—La zanahoria y la lechuga —respondió la niña—. Pero supongo que tampoco son mis amigas porque no me gustan.

Y abrió el frigorífico sólo para ver qué cara ponían, pero la lechuga estaba mustia y el guisante volvía a estornudar, así que lo cerró rápidamente.

—¿Por qué estornudas, guisantito? —preguntó la niña.

—Ay, pues porque esas frutas y verduras huelen a química. Además, ponen mala cara porque las han tratado mal.

—¿Y a ti no?

—Oh, no. ¡Yo soy biológico!

—¿Y qué quiere decir eso?

—Pues que no me han echado productos químicos ni han abusado de mí.

—¿Y cómo abusan de las plantas?

—Pues por ejemplo regándolas mucho o echándoles mucho abono para que crezcan más rápido de lo que acostumbran por naturaleza, o transformándolas genéticamente.

—¿Y qué es eso?

—Es como poner en un puzzle la pieza de otro puzzle.

—¡Pero no encaja!

—¡Claro que no encaja! Ya sabemos que hay algo que no encaja. Pero eso es muy complicado. Ahora, Cindy, lo mejor que puedo hacer es presentarte a mis amigos.

Entonces el guisante dio una vuelta sobre sí mismo en la palma de la mano de Cindy y miró el armario donde la madre de Cindy guardaba el arroz, los macarrones, las patatas y las legumbres y le dijo a Cindy:

—Por favor, abre la puerta de este armario.



La niña se puso de puntillas y abrió la puerta; y para su sorpresa, apenas la hubo abierto marchó hacia ella una larga fila de coloridas frutas y verduras que cantaban una alegre melodía.



Los nuevos invitados saltaron todos sobre la mesa de la cocina y se situaron delante de Cindy, formando un ancho arco. Cuando salió el último vegetal, la niña echó un vistazo dentro del armario, pero sólo vio los paquetes de arroz y macarrones que había comprado su madre en el supermercado; nada inusual. Volvió su mirada sobre sus coloridos

invitados: allí había zanahorias, lechugas, tomates, nabos, colinabos, rábanos, calabazas, calabacines, remolachas, pepinos, cebollas, coliflor, coles, alfalfa, guisantes, judías, habas, brécol, pimientos, puerros, acelgas,



espinacas, ajos, cebolleta, verdolaga, cenizo, apios, perejil, albahaca, aguacates, olivas, orégano, menta, hierbabuena, mejorana, alcachofas, cardos, escarola, hinojo, berenjenas, espárragos, borraja, setas, ruibarbo, ortigas, diente de león, yucas, chirivías, peras, manzanas, uvas, melocotones, cerezas, melón, sandías, frambuesas, plátanos, naranjas, mandarinas, limones, kiwis, caquis, fresas, chirimoyas, mangos, piñas, albaricoques, papayas, ciruelas, nectarinas, granadas, higos, arándanos, grosellas, moras, dátiles, membrillos y muchas más frutas y verduras; y todos la saludaban con resplandecientes sonrisas de alegría.

—Estamos encantados de conocerte —le dijeron a Cindy—. ¿Quieres ser nuestra amiga?

Y Cindy exclamó «¡Sí!» encantada.

Entonces se adelantó un pepino y le dijo «Mira lo que te he traído», enseñándole un cuenco lleno de trocitos de pepino con una salsa de yogur y cebolleta y perejil e invitó a Cindy a probarlo. La niña cogió un poco de pepino con los dedos y le gustó mucho, pues estaba fresco y lleno de vida. Luego una gran coliflor la invitó a probar un poco de guiso de verduras que traía, y la zanahoria le dio una ensalada de diente de león, perejil, lechuga, achicoria, tomate y albahaca y a la niña por primera vez en la vida le gustó la ensalada.



Luego desfilaron las frutas delante de ella; las fresas le ofrecieron probar su dulce carne, los mangos le dieron deliciosos dados encarnados, las piñas le ofrecían tajadas que desprendían un delicioso olor, las sandías traían botellitas con su zumo y uno de los melones incluso le ofreció un polo de zumo de melón (sin azúcar).



preguntó Cindy.

—No, Cindy. ¿Te quieres venir con nosotros? —le preguntaron los vegetales—. Queremos que seas feliz con nosotros en un sitio muy alejado de esta triste ciudad.

—¡Sí! —exclamó Cindy, muy contenta.

Entonces le dijeron que cerrara el armario y lo abriera de nuevo, y esta vez la niña vio que había un camino iluminado y a lo lejos se veía el resplandor verde de un prado.

Justo en ese momento se abrió la puerta de la cocina y entró la madre de Cindy en busca de unos aperitivos para los invitados.

—¿Qué haces ahí parada? —le preguntó a la niña. A las frutas y verduras desparramadas alrededor de su hija sobre la mesa de la cocina no las vio.

—Me voy de viaje, mamá —respondió Cindy—. Adiós.

Su madre la miró un momento, pero sólo dijo «No enredes mucho, ¿eh?» antes de irse.

Y entonces, todas las verduras y frutas se colocaron en fila detrás de Cindy y exclamaron alegremente «¡En marcha!» y enfilaron el sendero que

Cindy comía a dos carrillos aquellas maravillas de la naturaleza. Estaba disfrutando tanto que le parecía estar en el paraíso.

—No sabía que pudierais estar tan buenas —dijo al cabo de un largo rato, admirando a sus nuevos amigos.

—Es lo que necesitas para que tus mejillas se pongan rosadas y estés sana —dijo la lechuga—. Tan sana y fresca como yo y como todos mis amigos biológicos y contentos.

—¿Entonces no tengo que comer gusanitos, Colacao y bocadillos de pan Bimbo sin corteza con jamón e ir a la guardería? —



se internaba en el armario. Y a medida que avanzaban hacia el prado, Cindy sentía que se hacía más y más ligera hasta que se convirtió en una mariquita con cinco puntos en la espalda y echó a volar; y desde entonces se llamó Cincopuntitos y vivió feliz entre todas las verduras y frutas en aquel prado fresco y limpio. Incluso llegó a conocer a Cheryl Abeja de Verano, pero esa es otra historia que ya se contará en otra parte.

**Fin**